

“**E**stamos asistiendo hoy en día, todos nosotros, al paulatino final de la era clásica de la lectura. De una época de una alta y privilegiada literariedad, de una cierta actitud hacia los libros que, en líneas generales, duró desde aproximadamente la época de Erasmo hasta el colapso parcial del orden mundial de la clase media [...] y de los sistemas de educación y valores asociados a ella”. George Steiner.

La obra *Para qué han servido los libros*, del autor español Ignacio Domingo Baguer, analiza la importancia que la lectura y el libro han tenido en el desarrollo del pensamiento occidental. Domingo Baguer nos invita a realizar un ejercicio de reflexión sobre los efectos que pueden tener sobre la cultura el ocaso del libro y de la palabra escrita, como principal medio de pensamiento, formación y comunicación.

Estructura de la obra

Introducción

El siglo XXI está dejando atrás aquellos tiempos en que la lectura ocupaba un lugar principal entre los jóvenes estudiantes. Las nuevas tecnologías de la comunicación han sustituido a los libros como medio de esparcimiento y como principal herramienta de comprensión y comunicación de la cultura en la época actual.

La expresión “analfabetismo funcional” define a aquellos lectores que pudiendo leer un texto no podían llegar a entender completamente lo leído, bien por ignorancia del significado de las palabras que leían o bien por falta de referentes culturales e intelectuales que les ayudaran a comprender los significados en sus contextos más amplios.

El autor contextualiza el panorama del descenso en los hábitos de la lectura en España en estos últimos años, el cual representa ya un serio problema. Analiza los resultados del Informe PISA, el Barómetro de Hábitos de Lectura, La universidad española en cifras, entre otros estudios, los cuales reflejan que el número de libros que los españoles leen cada año decrece lentamente pero inexorablemente, y que la lectura se está convirtiendo en una actividad cultural marginal. Cuestiona si en las bibliotecas el libro está cediendo terreno a otros productos culturales como los audiovisuales.

Señala que el que los no lectores aumenten indica que ya puede llegar el día en que lo que la sociedad española considere como una persona culta y formada no implique, necesariamente, que esa persona esté en posesión del hábito de leer.



DOMINGO Baguer, Ignacio. *Para qué han servido los libros*. Zaragoza, España: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2013. 332 p. Humanidades, 103.

El autor expone el ensayo en cuatro capítulos:

1. El hombre alfabético.

Empieza con la definición e historia de la escritura y la relevancia que tiene la escritura silábica fenicia, al ser la primera escritura totalmente alfabética de la historia. Los griegos adaptaron la escritura fenicia a su propio idioma cambiando la pronunciación de algunos símbolos, añadiendo otros y –además esto– daría lugar al alfabeto latino y al alfabeto cirílico; con ello se culmina un proceso de evolución de la escritura fonética.

2. La cultura del libro.

Domingo Baguer presenta en este capítulo un panorama histórico de la larga e intensa carrera tecnológica y económica para hacer que los libros fueran más abundantes, más baratos y de mejor calidad. Expone que en el mundo de la cultura oral el conocimiento se basaba en la relación entre maestros y discípulos y en la repetición y memorización de textos, esto dejaba poco espacio para la complejidad intelectual y la reflexión. En cambio, la cultura del libro abrió las puertas a otros tipos de discursos, hizo que el pensamiento complejo pudiera ser no solo transmitido sino también utilizado como herramienta para producir nuevas reflexiones. El libro, desde que en la Edad Media se le diera el formato que conocemos hoy en día, ha sido mucho más que un mero medio de transmisión de la información, del conocimiento de otros, ha sido, ante todo, un dispositivo para pensar y para aprender a pensar, para el ordenamiento de la información, el trabajo intelectual, la reflexión y el pensamiento.

Señala que lo que se ha dado en llamar cultura de la imagen quizás podría denominarse más precisamente cultura de la oralidad, pues el reportaje audiovisual, el documental de calidad, la oralidad ilustrada, no puede, suplir nunca, ni en la cantidad de información aportada ni en la profundidad y alcance de la misma, la lectura de un buen libro. El discurso audiovisual tiende a evitar el desarrollo de argumentos basados en la contraposición de ideas y conceptos.

El autor indica que en la actualidad los lectores de Internet suelen pasar la mayor parte de su tiempo saltando de texto en texto, de página en página, de libro electrónico en libro electrónico, en un tipo de lectura casi aleatoria; esta manera de leer se ve propiciada por el hipertexto, que con su plasticidad y su maleabilidad difumina las fronteras entre autores y lectores, ya que hace al lector, en buena parte, el propio autor de la obra. En el hipertexto queda solo la subjetividad del lector y su libre albedrío para decidir cómo y qué lee en este formato.

3. La cultura de la lectura.

Domingo Baguer nos muestra la evolución histórica de la lectura, desde la práctica de la lectura oral hacia la lectura en silencio y con ello el avance de la lectura introspectiva y reflexiva. Señala que la lectura se convirtió en la base fundamental del desarrollo del pensamiento analítico-referencial, y que hoy en día la lectura es una actividad reflexiva.

Resalta los tres escenarios en los que la cultura de la lectura y del libro florecieron: la república de las letras –comunidad imaginada, limitada y soberana-, las academias o reales sociedades y la enseñanza superior en instituciones académicas que, desde fuera de la universidad, se dedicaron a preparar profesionales en disciplinas que no encontraban cobijo en la universidad. Todas estas instituciones académicas sirvieron de motor y refugio al emergente conocimiento científico, que tan poco reconocimiento tenía en las universidades.

Expone cómo la universidad queda conformada alrededor de tres ejes fundamentales. El primero de ellos es el del saber recibido; gracias al libro y a las bibliotecas bien surtidas y actualizadas los profesores y los estudiantes no solo reciben las enseñanzas de sus antecesores, sino que además se ejercitan en la lectura y el pensamiento crítico en profundidad, en la búsqueda de relaciones de causa y efecto, en la comparación y en la síntesis, en la clasificación y jerarquización del conocimiento. El segundo eje es el del laboratorio; los alumnos deben o bien formular sus propias hipótesis y demostrarlas o bien comprobar los conocimientos adquiridos en los libros. El tercer eje de la formación universitaria es el de la docencia y el contacto personal entre profesores y estudiantes, que sirve de puente entre el laboratorio y la biblioteca; los datos que se obtienen en los laboratorios viajan rápidamente a los libros y de allí a las aulas y a los grupos de investigación y docencia, y de las aulas surgen nuevas hipótesis que han de validarse en los laboratorios para trasladarse rápidamente a los libros y a los grupos de investigación y así sucesivamente, configurando una suerte de flujo continuo de información y formación en estudiantes y profesores, que se extiende, gracias a la publicación y a la circulación de la palabra escrita, por todas las universidades y centros de formación e investigación del mundo.

El autor aborda el problema que representa la autoridad intelectual en estos momentos con Internet y la aceptación tácita de una de sus características más controvertidas y a la vez más puesta en práctica: el anonimato. Ya que en la cultura del libro se ha desarrollado un complejo entramado de instancias legales, sociales y culturales para hacer posible la evaluación de la legitimidad de las obras publicadas y su consiguiente veracidad, a la vez que se garantiza la libertad de opinión y de publicación. Con el aumento exponencial en la cantidad de información que se tiene disponible y la facilidad de acceso a esa información que brinda Internet, no se propicia que los maestros y las instituciones educativas sean menos necesarias sino todo lo contrario, su papel como mediadores, intérpretes y dinamizadores de las maneras de pensar críticas y sagaces que llevan al conocimiento es hoy más necesario que nunca.

Afirma que el sistema de enseñanza nacido alrededor de la cultura del libro, que tomó forma por primera vez en las universidades medievales y cuyos fundamentos se han mantenido hasta nuestros días, se ha sostenido sobre dos principios básicos. El primero de ellos –por un lado– es el de la autoridad del saber y de la experiencia, que se manifestaba en una doble vertiente: por un lado en el quehacer cotidiano de las escuelas, en el respeto a la autoridad del maestro y el valor del ejemplo, que tanto los docentes como los compañeros de estudios más aventajados proporcionaban; por otro lado en el mundo de los libros, en la evaluación

del saber que estos contenían en función de las autoridades que les respaldaban: autores, títulos académicos, instituciones, editoriales y prestigio en general.

El segundo principio sobre el que se basaba el sistema educativo del mundo del libro era el de que todas las ramas del estudio pertenecían a un mismo árbol del conocimiento, que todas las disciplinas del saber estaban relacionadas y formaban una unidad y que la academia debía no solo transmitir el saber sino además ubicarlo en el mapa del conocimiento y ponerlo en relación con todas las ramas de la ciencia. La venida de nuevos paradigmas en la transmisión de los conocimientos y en la educación, que se alejan del mundo de libro, de la autoridad intelectual y del orden de la biblioteca y que abogan –sin embargo– por la transmisión anónima y desordenada a través de las redes telemáticas, está poniendo en duda los cimientos de nuestro sistema educativo y de la cultura del libro en general.

Internet proporciona unas ventajas extraordinarias para la publicación: accesibilidad fácil y masiva, alcance global, rapidez instantánea y coste ínfimo. Sin embargo, todas estas condiciones favorables que hacen que Internet pudiera ser un medio de publicación infinitamente mejor que el libro, se ven anuladas por la falta de discriminación de los contenidos que impera en el medio y por el anonimato. Nada de eso es posible en la actual Internet, donde lo efímero es la norma de sus comunicaciones y ninguna instancia oficial o privada se encarga de clasificar, archivar y preservar la información que fluye por sus cables.

Permitir que todo mundo publique, colabore y participe en ese gran repositorio de documentos que es hoy en día Internet es sin duda positivo. El que no se discrimine, sin embargo, entre las colaboraciones de mayor y menor calidad solo lleva a que las aportaciones más relevantes, más significativas y más autorizadas se pierdan entre el maremágnum de páginas web.

El argumento de Domingo Baguer es que las generaciones más jóvenes, las que más tiempo de su vida intelectual han pasado lejos del orden del libro, son las más proclives a no tomar en consideración los principios de autoridad intelectual y de forma implícita su propio interés en obtener información fiable y relevante, y a aceptar de forma inocente que los intereses comerciales de una empresa o la opinión de una mayoría estadística pueden servir bien a sus intereses. La adquisición de conocimientos, sin embargo, requiere seleccionar la información que se ha de adquirir, valorar la calidad de la información adquirida, ubicar en su contexto, comparar y relacionar distintas informaciones, contrastar, clasificar y finalmente llegar a deducciones y conclusiones y ser capaz de comunicarlas.

4. La memoria del libro.

En este último capítulo, el autor resalta la importancia del libro y las bibliotecas como pilares sobre los que se ha construido buena parte de la cultura occidental, y nos invita a reflexionar sobre lo que está en juego en la migración del mundo del papel al mundo digital.

A través de un recorrido histórico nos presenta el modelo de las grandes bibliotecas, en las que las bibliotecas de investigación integran las características más importantes de los modelos bibliotecarios de las bibliotecas imperiales. Las bibliotecas de investigación se precian de la magnitud de sus colecciones y rivalizan entre ellas por el número de libros que contienen y la calidad de sus instalaciones. Como las bibliotecas monástico-universitarias, las bibliotecas de investigación se precian también de mantener y custodiar obras y textos que están en peligro de desaparición y otros productos culturales, cuyo estudio permitirá, a generaciones venideras, comprender la historia y el desarrollo de la ciencia y la cultura.

Aborda el problema de cómo y porqué se ha perseguido a las bibliotecas y a los libros, de cómo se ha destruido –generalmente por el fuego– el pasado y la memoria de pensadores, pueblos y culturas a lo largo de los siglos, resaltando que en las épocas en las que se han dado grandes cambios políticos y culturales han sido aquellas en las que se ha desaparecido un mayor número de obras, bien porque no se haya considerado económicamente rentable trasladarlas de un soporte a otro, bien porque los nuevos modelos culturales hicieron que los viejos documentos parecieran innecesarios. Analiza el papel que tienen las grandes empresas de tratamiento de datos al no tener resuelto el problema sobre la conservación de los contenidos digitales, el enorme peligro que supone que una única empresa brinde el servicio de acceso a los libros digitales, los problemas relacionados con la distribución de los contenidos digitales, las nuevas plataformas a través de las cuales se van a distribuir libros electrónicos y, por último, la validación de los documentos digitales.

El argumento de Domingo Baguer es que los programas buscadores que existen en la web son útiles y prácticos pero no sustituyen al auténtico catálogo de la biblioteca, que se manifiesta en la clasificación y ordenación de los libros en la estantería. El conocimiento nunca ha sido un mero archivo de datos, el conocimiento siempre ha sido relación e interpretación. Para que haya relación debe existir un repositorio de información y además ha de existir un sistema operativo que ponga de manifiesto las relaciones que existen en la información y, si es pertinente, que permita cuestionarlas y cambiarlas. De lo contrario, lo que haríamos con la información no sería relacionarla y entenderla, sino moverla aleatoriamente de un lugar a otro del disco duro de nuestra cultura.

Conclusiones

El autor invita a tomar conciencia de para qué han servido los libros en una época de incertidumbre, en la cual se ignora todavía cómo será la nueva cultura humana, haciendo hincapié en las consecuencias que pueden desprenderse para nuestra cultura de la pérdida de la lectura y del libro o de su sustitución por otros medios tecnológicos de comunicación, especialmente en el ámbito de la educación. ☞

Socorro Becerril Cruz

Departamento de Procesos Técnicos
Dirección General de Bibliotecas-UNAM